

XV Domingo del Tiempo Ordinario C

De Jerusalén a Jericó

"Dijo Jesús: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Un samaritano, al verlo, sintió lastima". San Lucas, cap. 10.

Cerrada a cal y canto se alza Jericó delante del ejército judío. Josué ordena a sus soldados que guarden las espadas.

Solamente siete sacerdotes llevando trompetas jubilares, rodearán la ciudad cada mañana muy temprano. Así lo hacen durante siete días.

El séptimo, al sonar las trompetas, el pueblo prorrumpió en gritos de alegría. Cayeron entonces por tierra las murallas que defendían la ciudad y las tropas se adueñaron de la plaza.

En la literatura cristiana, Jericó es símbolo del mundo.

En su puerta encontró Jesús a unos ciegos que luego fueron sanados por su palabra. Y San Lucas nos cuenta la historia de aquel hombre que bajaba desde Jerusalén, ciudad de paz, hacia Jericó, por un camino colmado de peligros.

Este regreso al mundo, que todos realizamos después del encuentro personal con Dios, después de un fin de semana en la intimidad de la familia, luego de un acontecimiento que nos hizo mirar cara a cara al Señor, incluye también para nosotros múltiples riesgos.

Existen peligros materiales que amenazan nuestra vida y nuestros bienes. Más allá nos espera alguien que nos acosa, nos persigue, nos necesita. Las circunstancias ponen a prueba nuestra entrega y miden la calidad de nuestro compromiso. Todo esto porque los caminos que conducen a Dios pasan irremediabilmente por el hombre.

Este regreso al mundo entorpece nuestro esfuerzo cristiano. Entonces se nos va el tiempo en censuras y lamentaciones.

O aplicamos la política del "Sálvese quien pueda".

Rara vez miramos al mundo de manera objetiva. Rara vez asumimos los dolores ajenos y ayudamos al prójimo a salir adelante.

Hoy también se despoja a nuestro hermano en el camino y muchos pasamos indiferentes a su lado.

Cómo el levita y el escriba, los cristianos somos los más ágiles para esquivar el cuerpo ante la miseria ajena.

En tanto, aquel samaritano, un extranjero que no pertenece al pueblo elegido, que no está matriculado con los observantes de la Ley, tiene una actitud comprometida: Siente lastima, se acerca al que está medio muerto, cura sus heridas con aceite y vino, lo monta en su propia cabalgadura, lo lleva a la posada, cuida de él, e incluso le financia su convalecencia.

Nosotros, con nuestras seguridades, nuestra ignorancia de los males ajenos, nuestro egoísmo comprobado, ¿hacia donde vamos? ¿Camino de Jerusalén?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y